

El ‘perfeccionamiento del peregrino’: Desde adentro hacia afuera

A mitad de la jornada del viaje de nuestra vida, me encontré en un bosque oscuro, había perdido el rumbo correcto.

— Dante

A la mayoría de nosotros les encantaría visitar algún lugar exótico. A pesar de las largas colas en los aeropuertos y las advertencias hechas por el Departamento de Estado, seguimos añorando la posibilidad de contemplar las ruinas de Machu Picchu o soñamos con una playa en Tahití. Por supuesto que, cuando nos ausentamos de casa, queremos descansar y divertirnos. El descanso no parece ser el único elemento motivador de nuestra pasión por los viajes.

Una vez que dejamos atrás nuestras responsabilidades cotidianas y despertamos una mañana miles de millas lejos de casa, algunas veces sucede que entramos en contacto con una parte de nosotros que ha sido olvidada debido a los muchos años de rutina diaria. Por ello, cuando volvemos a casa, de una u otra forma nos sentimos reanimados y satisfechos, a pesar de los cambios de horas y los pies hinchados.

Un viaje feliz, por lo tanto, tiene el mismo efecto que una buena obra de arte.

De forma similar a la lectura de *Don Quijote* o el escuchar la Oda de la Alegría, un viaje

● PUNTOS CLAVES:

- (1) **(1) Lo que se pierde en proximidad se gana en perspectiva:** La búsqueda de la salvación fuera de uno mismo, no tiene cabida en el Budismo de Nichiren. Lo que verdaderamente importa es la fe en nuestra naturaleza inherente de buda. Mucho más que lo perdido en relación a la proximidad al Dai-Gohonzon, lo ganamos en lo referente a perspectiva de nuestra fe. La proximidad o posesión del Dai-Gohonzon, es al final de cuentas carente de significación, sin la perspectiva correcta de la fe. Como dice Nichiren Daishonin, “Aún el abrazar el Sutra del Loto, sería inútil sin la herencia de la fe”.
- (2) **(2) Venciendo nuestra duda y temor a la budeidad:** Dudamos de nuestra budeidad inherente debido a nuestra ignorancia y tendencias detractorias. Le tememos al Buda dentro de nosotros y buscamos el buda imaginario fuera, de esta forma podemos continuar siendo las víctimas de las circunstancias y evitar la responsabilidad de llevar a cabo nuestro potencial supreme. La auto reflexión honesta y constancia en la fe nos ayudará a romper este tipo de dudas y temores y a descubrir la gema de la budeidad dentro de nosotros mismos.



© Thierry Cariou/CORBIS

Después de muchos años de menospreciarnos, nos hemos convertido en extraños hacia nosotros mismos, extraños respecto de nuestro yo verdadero, es decir, la naturaleza universal de buda dentro de nosotros mismos.

auténticamente gratificante es aquél que nos ayuda a descubrir algo más acerca de nosotros mismos. Por el contrario, un viaje mediocre, aún cuando pueda estar lleno de diversiones frívolas, carece del júbilo que resulta del descubrimiento de uno mismo y de la auto-renovación. Esto puede ser consecuencia de la actitud del viajero, más que de la diferencia en la distancia o el destino, es decir, él que está en busca de nuevos conocimientos y el turista que espera que se le entretenga.

Somos desconocidos para nosotros mismos

Nuestros deseos de viajar a tierras lejanas, como nuestras experiencias pueden dar fe, se encuentran profundamente ligados al anhelo de reunirnos con algo importante o que pudiéramos denominar sagrado y de lo cual nos sentimos alienados o separados. Nuestra pasión por los viajes, en este sentido, podría decirse que representa una experiencia casi religiosa.

Esta podría ser una de las razones primordiales de la popular unión entre los viajes y la fe, es decir, las llamadas peregrinaciones.

En la mayoría de las principales religiones del mundo, sus creyentes a través de los siglos han hecho viajes a sus lugares sagrados, como actos de devoción religiosa: por ejemplo, cristianos y judíos a Jerusalem; musulmanes a Meca; Hindues a Benares; budistas a Bodh Gaya, etc. Adicionalmente, incontables santuarios y templos en el mundo entero son visitados por sus devotos cada año. El apego que sienten las personas por estos lugares sagrados es tan poderoso, y algunos casos mal orientado, a tal grado que se ha derramado mucha sangre en la demarcación y redemarcación de sus fronteras.

La etimología de las palabras *religión* y *peregrinación* sugiere la motivación esencial que nos lleva a efectuar estos viajes de fe, de la misma forma en que el idioma se estructura y moldea, a

partir de las vidas de las personas que lo utilizan. La palabra *religión* guarda relación con el verbo en latín *religare*, que quiere decir, “atar nuevamente”, o “unir” y la palabra *peregrinación* al verbo latino *peregrinari*, que quiere decir “viajar fuera del propio lugar” o “ser un forastero”. El origen etimológico de estas palabras parece sugerir que nos sentimos extraños en el mundo en que vivimos. Por lo tanto, dejamos nuestros hogares y viajamos a otros lugares en busca de algo de lo cual hemos sido excluidos.

Nuestro impulso religioso fundamental, en otras palabras, se deriva de nuestro sentimiento de soledad y alienación o separación. Como escribe un historiador, “El anhelo de ser peregrino está profundamente enraizado en la naturaleza humana”¹. Nos vemos como forasteros que deambulan por tierras extrañas, en busca de la unión con algo preciado que hemos perdido.

Las personas hacen grandes esfuerzos, de diversas formas para sobreponerse a este sentimiento de separación, y que sin embargo, no logran ubicar. Algunos buscan solaz en sus supuestos salvadores en el paraíso, en tanto que otros lo hace en el amor en la tierra. El Sutra del Loto, sin embargo, identifica aquello de lo cual estamos separados o alienados, como nuestra naturaleza innata de Buda. Enseña que nuestra añoranza no es de un dios que habita sobre nosotros, ni del amante perfecto que nos elude constantemente.

Luego de muchos años y quizás existencias de engañoso menoscabo de nosotros mismos, (en otras palabras, “calumnia a la Ley”), nos hemos convertidos en extraños hacia nosotros, hacia nuestro yo verdadero, o en otras palabras, la naturaleza universal de Buda dentro de nuestras vidas. Una forma fundamental de sobreponernos a nuestro sentimiento de separación es, por lo tanto, vernos como lo que realmente somos y accesar el aspecto esencial de nuestras vidas. El Sutra del Loto en forma metafórica ilustra este punto mediante la parábola de la “joya en la túnica”.

A fin de mantenernos dentro de la senda directa hacia la felicidad, debemos percibir con claridad y cuidarnos de cualquier cosa que nos distraiga de nuestra jornada interna en busca de la gema preciosa de la budeidad.



© Lester Lefkowitz/CORBIS



© Chris Collins/CORBIS

Nichiren Daishonin enseña que podemos descubrir la invaluable joya de la budeidad que existe dentro de todos nosotros invocando Nam-myoho-renge-kyo, siempre que tengamos fe en este gran potencial.

El Sutra del Loto transforma los conceptos del peregrinaje y de la adoración

En el Capítulo “Profecía de la iluminación de quinientos discípulos”, los discípulos del Buda reflexionando sobre su ignorancia previa acerca la “sabiduría comprensiva” — cuentan la siguiente parábola: “Honrado por el Mundo, era como el caso de un hombre quien fue a la casa de un amigo cercano, y habiendo bebido mucho vino se acostó y se quedó dormido. En ese momento el amigo tenía que partir en viaje oficial de negocios. Tomó una joya de incalculable valor, la cosió en el forro de la túnica, dejándosela al partir. El hombre se encontraba borracho y no se enteró de ello. Cuando se levantó, emprendió viaje a otros países. A fin de procurarse alimentos y ropa tuvo que hacer grandes esfuerzos y atravesar por grandes dificultades empleando toda su energía y diligencia y conformarse con lo poco que podía agenciarse. Luego, el amigo se lo encuentra por casualidad. El amigo le dice, ‘¡Que absurdo, viejo compañero! ¿Por qué has

tenido que hacer todo esto para conseguir alimento y ropa? En el pasado quise asegurarme de que nada te faltaría y que pudieses vivir cómodamente y satisfacer los cinco deseos. De tal forma que en tal día, mes y año, tomé una joya de incalculable valor y la cosí a tu túnica. Aún debe estar allí. Pero tú no lo sabías, te inquietaste y te desgastaste tratando de ganarte la vida. ¡Que tontería! Ahora debes tomar la joya y cambiarla por bienes. Entonces podrás tener todo lo que deseas en todo tiempo y nunca experimentar pobreza o necesidad”. (*El Sutra del Loto*, Págs. 150-151).

En la parábola el buen amigo representa al Buda y la joya de incalculable valor cosida en el forro de la túnica del hombre pobre, nuestra naturaleza innata de Buda escondida en las profundidades de nuestras vidas. El hombre pobre simboliza al “peregrino” que hay en cada uno de nosotros que vagamos por la vida en busca de felicidad verdadera. Su tragedia es que a pesar de todos sus “esfuerzos y diligencia” que despliega no encuentra nada excepto “grandes dificultades” sin jamás lograr sentirse verdaderamente satisfecho. Su problema es su ignorancia: él busca la fuente de la felicidad en el lugar equivocado — fuera de si mismo.

Al igual que el hombre pobre, a menudo buscamos en vano nuestro valor en el status, las posesiones materiales o la aprobación de los demás — ya sean estos padres, compañeros con quienes compartimos nuestra vida, o supuestos santos o salvadores. El último lugar donde recurrimos es dentro de nuestra vida, ya que nos juzgamos a nosotros mismos por las maltrechas vestimentas de los reveses temporales de la vida y nos engañamos con la creencia de que no hay nada intrínsecamente valioso dentro de ella.

Con respecto a esta parábola, Nichiren Daishonin explica que el vino que el hombre pobre toma es su “oscuridad fundamental” y su estado embriagado es su “incredulidad” de su propio estado de Budeidad (*Gosho Zenshu*, Pág. 735)

También comenta, “Ahora que Nichiren y sus seguidores invocan Nam-Myoho-renge-kyo, despiertan del vino de la oscuridad fundamental” (*Gosho Zenshu*, Pág. 735).

Aquí el Daishonin declara que al dedicarnos a invocar Nam-Myoho-renge-kyo con fe en nuestra budeidad innata, comenzamos a experimentar el poder de la joya inestimable dentro de nosotros y a vivir nuestra vida como Budas — como personas de fortaleza y valor genuino, capaces de construir su propia felicidad y a la vez animar a otros a hacer lo mismo. Como el Daishonin sugiere, la “sabiduría comprensiva” del Sutra del Loto nos permite ver dentro de nosotros. La joya inestimable de la budeidad puede hallarse y cultivarse mediante la fe en nuestro estado de Buda y la práctica de la invocación de Nam-myoho-renge-kyo.

Por medio de la parábola de la joya en la túnica, el Sutra del Loto acentúa la futilidad de buscar la fuente de nuestra felicidad fuera de nosotros. Es importante notar, que la compilación del Sutra del Loto es fruto del movimiento Budista Mahayana, el cual evolucionó de la práctica popular de visitar los santuarios conmemorativos llamados “stupa” y de adorar las reliquias del Buda supuestamente entronizadas allí. Sin embargo, el Sutra trasciende las limitaciones de su origen histórico.

Por medio de la descripción de la magnífica torre del tesoro, la cual desafía cualquier con-



© Owen Franken/CORBIS

Buscar la inapreciable joya de la budeidad fuera de nosotros es similar a embriagarse con “el vino de la oscuridad fundamental”, dice Nichiren Daishonin.

cepto terrenal, como metáfora de nuestra budeidad innata, el Sutra del Loto dirige nuestra mirada desde una “stupa” en el exterior, hacia la torre del tesoro dentro de nuestras vidas. También al igual que en las historias tales como la joya en el manto, el Sutra pone de manifiesto la importancia del auto despertar, en vez de la salvación desde afuera. Por consiguiente, el Sutra del Loto, marca una transformación copernicana en lo que respecta al concepto del peregrinaje y de la reverencia dirigida hacia fuera, mediante el cambio que conlleva el mirar fuera y lo redirige hacia adentro de nuestra vida.

De hecho, el Sutra del Loto rebate el apego de las personas a los sitios sagrados y a los lugares especiales de culto. De esta forma, el Sutra hace que sus practicantes verdaderos pronostiquen su futuro: “Una y otra vez seremos desterrados / a un lugar alejado de los santuarios y los templos” (*El Sutra del Loto*, Pág. 195) A pesar del exilio y la persecución, estos devotos del Sutra prometen propagar las enseñanzas a lo largo y a lo ancho. Su conexión con el Budismo no está adscrita a un lugar en particular, ni depende de su relación con el Buda en forma de sentimentalismo ligado a su presencia física y en defecto a sus reliquias.



© Owen Franken/CORBIS

A diferencia, lo que une a estos seguidores con su maestro y sus enseñanzas es su determinación de practicar y propagar el Budismo con el mismo espíritu del maestro. Tal como ellos lo proclaman: “Si en los poblados y ciudades / hay quienes buscan la Ley / iremos donde ellos se encuentren / y predicaremos la Ley encomendada a nosotros por el Buda. / Seremos los mensajeros del Honorado por el Mundo, / enfrentándonos a la asamblea sin temor...proclamamos esta promesa. / El Buda debe conocer lo que albergan nuestros corazones” (*El Sutra del Loto*, Pág. 195) El Sutra del Loto esclarece que el Budismo vive, no en “los santuarios y los templos”, sino en las “promesas” de los practicantes de propagar la sabiduría Budista del auto-descubrimiento y la renovación a toda la población que habita en “los poblados y las ciudades”.

Nuestro “peregrinaje” es una búsqueda interna de la Budeidad

Nuestras dudas y temores son los que se interponen en nuestra búsqueda de la gema inapreciable de la Budeidad dentro de nosotros. Dudamos de nuestra budeidad porque estamos acostumbrados a menospreciarnos. La cultura de la competencia y el consumo, nos enseña a pensar menos de nosotros mismos si no poseemos más que otros, cualesquiera que sean los bienes que nos dicen debemos poseer — con frecuencia es

Stupa o centro ceremonial en Sanchi, India construido alrededor del siglo I, A.C., cuando se dice que fue compilado el Sutra del Loto. Stupas conteniendo las supuestas reliquias del Buda, guardadas dentro, se convirtieron en populares lugares sagrados de peregrinaciones y en importantes fuentes de ingreso del clero. El Sutra del Loto pronostica que sus practicantes serán expulsados una y otra vez de tales stupas por la autoridad religiosa corrupta.

dinero, estatus y apariencia. Le tememos y nos alejamos de nuestra budeidad porque es más fácil seguir siendo víctimas del destino, culpando a todo excepto a si mismos, que convertirse en el arquitecto de su suerte, quien debe auto reflexionar y llevar adelante el desafío de revelar su potencial máximo.

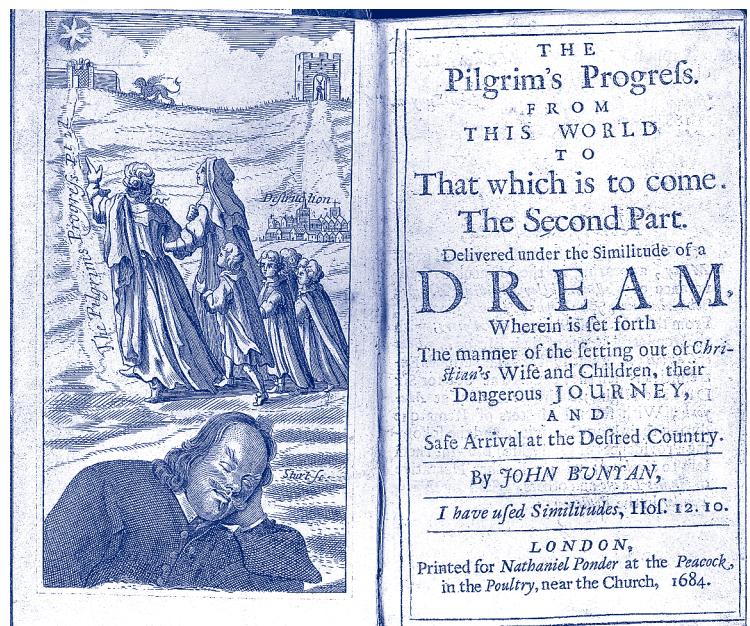
No obstante, los Budas no existen fuera de estos engaños ilusorios. Por el contrario, los Budas se elevan por encima de sus dudas profundas y el temor de su propia budeidad a través de la auto-reflexión valiente y fe perseverante en su identidad esencial. La realización de la budeidad, en este sentido, es el proceso de sobreponernos a nuestras dudas y temores, buscando conocernos a nosotros mismos. Por consiguiente, en el transcurso de nuestra práctica Budista debemos percibir claramente y guardarnos de todo aquello que nos distrae del viaje interno con destino a encontrar la joya inapreciable de la budeidad.

En “El Progreso del Peregrino”, que sigue siendo una de las escrituras cristianas más influyentes, John Bunyan (1628-88) describe, empleando el estilo la alegoría de un sueño, el peregrinaje de un hombre común llamado “Christian” de la Ciudad de la Destrucción a la Ciudad Celestial. El peregrinaje espiritual de

Christian “desde este mundo hacia aquél que vendrá”— como dice el subtítulo del libro — puede entenderse como la respuesta Protestante a la institución medieval del peregrinaje, que fue promovida por la Iglesia, y que eventualmente, degeneró debido a los abusos que se dieron de las reliquias y las indulgencias. En realidad, los peregrinajes fueron impuestos por la Inquisición como penitencias por crímenes religiosos y seculares y se convirtió en parte de las sanciones de orden, tanto penal como civil.² Bunyan probablemente quiso corregir esta coerción y corrupción del peregrinaje, mediante su énfasis en el peregrinaje como el acto representativo del progreso espiritual del creyente y no como un viaje terrenal para recibir absolución por los pecados o para adorar reliquias. Como dice un poema irlandés del siglo octavo: “ Ir a Roma significa un gran trabajo y poca ganancia; el rey que buscas sólo lo encontrarás allá si lo llevas dentro de ti mismo”.³

Con profundo sentimiento de afecto y nostalgia, algunas veces nos referimos a esas familias inglesas que fundaron la colonia de Plymouth en 1620, como “Padres Peregrinos”. Así como los colonizadores originales se sintieron peregrinos y extranjeros en el Nuevo Mundo, hoy por hoy, muchos americanos aún se sienten así — quizás no en lo que respecta al ambiente que les rodea en lo externo, sino en su fuero interno — donde experimentan soledad y enajenación. El Sutra del Loto y el Budismo de Nichiren, en este caso, puede ofrecer dirección y orientación al descarrío espiritual de América.

Un “peregrinaje” Budista genuino — si tal palabra existiese en nuestro vocabulario — no es desde nuestros hogares a un lugar sagrado lejano ni “de este mundo al que viene”. Con nuestra fe y práctica Budista constante, avanzamos en medio de la duda y el temor hacia la fuente interior de la felicidad verdadera en el aquí y en el ahora y hacia el diario logro de nuestro destino, la auto-realización. El nuestro es un nuevo tipo de peregrinaje, uno que reorienta nuestras divagaciones externas hacia el descubrimiento de la vida interior. ■



© CORBIS

En el Progreso del Peregrino, John Bunyan hace énfasis en el concepto de la peregrinación como indicativo del progreso espiritual del creyente, no como un viaje terrenal para lograr la remisión de los pecados o venerar reliquias.

● **Alimento para el Pensamiento:**

■ Si el logro de la iluminación es el constante proceso de sobreponernos a la duda y el temor de nuestra budeidad, quiere decir entonces, que el reconocer estos obstáculos por lo que ellos son, es en si andar la mitad del camino hacia el auto control. ¿De qué manera experimenta usted la duda y el miedo de la budeidad? ¿Y de qué manera reta estos sentimientos — la duda y el miedo?

■ En la parábola de la gema en la túnica, el hombre pobre en forma afortunada vuelve a reunirse con su buen amigo después de muchos años de vagabundear. ¿Pero qué sucedería si se encuentra con alguien que en apariencia simula ser un buen amigo, sin embargo, en la práctica le aleja de su búsqueda de la felicidad apartándole así de su propia budeidad? ¿Cómo podemos en la fe distinguir un impostor de un buen amigo?